

Julien RIES — François DECRET — W. H. C. FREND — Maria Grazia MARA, *Le epistole paoline nei manichei, i donatisti e il primo agostino*, («Sussidi Patristici», 5) Roma 1989, 168 pp., 15,5 x 22.

Del 26 de septiembre al 7 de octubre de 1988 tuvo lugar en el Instituto Patrístico «Augustinianum» de Roma el V Curso de perfeccionamiento en estudios patrísticos y tardoantiguos sobre el tema «La presencia de Pablo en Occidente en los siglos IV y V». Aproximadamente un año después ha aparecido el presente volumen, que contiene las conferencias y las clases entonces impartidas por cuatro de los cinco profesores del Curso. Puesto que asistimos a él, somos en este caso lectores privilegiados de un libro que hemos visto elaborar desde dentro. No todo, sin embargo, se contiene en la letra impresa: faltan el aliento y el entusiasmo que los profesores comunicaron *viva voce*; se echa de menos el diálogo y las cuestiones que dieron vida a aquellas dos semanas romanas de trabajo científico, si bien algunas sugerencias de los participantes al Curso, Doctores y cultivadores de ciencias patrísticas y docentes de Patrología y cristianismo antiguo, han quedado plasmadas en estas páginas. El libro tampoco contiene las lecciones de O. Wermelinger, que tanto interés y polémica suscitaron entre los asistentes, acerca de la utilización de Pablo en las fuentes pelagianas. Suponemos y deseamos que vean su aparición, también en forma de artículo, en alguna revista especializada. El libro comprende, pues, cuatro temas.

El primer capítulo (Julien RIES, *Saint Paul dans la formation de Mani*, pp. 7-27) se remonta a la presencia de la doctrina paulina en la formación teológica del fundador del maniqueísmo. Punto de partida de este estudio es el artículo de H. D. Betz, *Paul in Mani Biography (Codex Manichaicus Coloniensis)*, en: L. Cirillo — A. Roselli (ed.), *Codex Manichaicus Coloniensis. Atti del Simposio Internazionale 1984*, Cosenza 1986, 213-234. Ries acude, en primer lugar, a las fuentes maniqueas más antiguas que contienen dos biografías de Mani, la de Médinet Mâdî o *Kephalaia* en lengua copta, y la del *Codex Mani*, en lengua griega; ambas muestran una gran cantidad de citas paulinas. A continuación, se expone cómo en esas fuentes Pablo es presentado como prototipo de la revelación y de la misión de Mani: en ellas se sitúa la vocación de Pablo como modelo de la vocación de Mani, se parangona la misión de Pablo con la de Mani y se comparan algunos fragmentos de las epístolas del Profeta de Babilonia con las del Apóstol de las gentes. Así, concluye Ries que Pablo es modelo de Mani en dos aspectos: primero, modelo misionero, por cuanto Mani se presenta a sí mismo como Apóstol de Jesucristo, objeto de la revelación

de los misterios y mensajero celeste; y segundo, modelo de revelador de misterios, lo que lleva a Ries a estudiar el concepto maniqueo de revelación y a comparar el apostolado de Pablo con el de Mani. Ries insiste en que el paulinismo que recibe Mani es herético: gnóstico y marcionista. Este artículo, así como el de Betz, constituyen una importante aportación a los modernos estudios del maniqueísmo, pues nos presentan el verdadero alcance de la teología maniquea en los orígenes mismos de este movimiento religioso, cuyo fundador ha conducido a su madurez diversas doctrinas de los maestros de la gnosis con vistas a constituir una iglesia gnóstica que él presentaba como la verdadera Iglesia de Jesucristo. Este trabajo, que se caracteriza también por la claridad de exposición que tiene el estilo literario de su autor, se concluye con las siguientes palabras: «Nuestro estudio confirma las conclusiones de H. D. Betz referentes al *Codex Mani*: se trata de una teología paulina con proveniencia de círculos gnósticos y que Mani ha recibido sin duda por la acción intermediaria de comunidades marcionistas. Esta teología paulina gnóstica no se limita al *Codex*. La encontramos también en los *Kephalaia*. Constituye un aspecto de las doctrinas y de la Iglesia de Mani» (p. 27).

El segundo capítulo (François DECRET, *L'utilisation des épîtres de Paul chez les manichéens d'Afrique*, pp. 29-83 abarca más temas de lo que su título indica. La primera parte es una brillante comparación entre las figuras de Pablo y de Mani en las fuentes originarias del maniqueísmo (los *Kephalaia* y el *Codex Mani*) y explica el lugar privilegiado de Pablo en la Iglesia fundada por Mani; Decret aprecia en cuatro aspectos los rasgos comunes a ambos: 1) dos destinos misioneros muy similares; 2) rechazo del legalismo judaico (pues Mani se enfrentó a la comunidad judeocristiana de los elcasaitas, en la que se formó de niño); 3) dos visionarios, beneficiarios de dos «revelaciones»; y 4) universalismo religioso de salvación, predicada a todos los pueblos. Esta primera parte del artículo coincide sustancialmente con el anterior capítulo de J. Ries. La segunda parte del artículo presenta ya las fuentes literarias maniqueas del Norte de Africa hasta hoy conservadas: a) los 33 *capitula* de Fausto de Milevi (año 390) y las declaraciones de los maniqueos Fortunato y Félix recogidas por San Agustín en sus obras antimaniqueas; b) los 29 *capitula* de Adimanto, semejantes a las *Antitesis* de Marción y conocidos por la presentación polémica del *Contra Adimantum* de Agustín; y c) el manuscrito latino llamado «manuscrito de Tebesa», de época más tardía que las precedentes fuentes. Decret se aplica a estudiar aspectos de crítica textual del *Corpus Paulinum* realizado por los autores maniqueos mismos y presenta un balance de las citas paulinas que se encuentran en tales fuentes. La tercera parte de este artículo expone la

influencia paulina, verdaderamente decisiva, en la teología del maniqueísmo norteafricano, siempre partiendo de la lectura directa de las fuentes: Pablo y la ley mosaica, Pablo y el dualismo en el hombre y en la creación, Pablo y el dualismo de los Principios, Pablo y la gnosis. Con respecto a este minucioso análisis ofrecido por Decret, quisiéramos hacer algunas observaciones: 1ª convendría distinguir, con respecto al «universalismo religioso en Pablo y en Mani» (pp. 39-40), que la Iglesia Católica nunca se sirvió del sincretismo religioso en su catequesis y en el diálogo establecido entre la fe y la cultura (cfr. Ch. Gnllka, *Missiologische Probleme der frühen Kirche*, en: *Musicae Sacrae Ministerium* 15, [1988] 37-58), mientras que la misión y predicación maniqueas, tal vez por el carácter gnóstico de su doctrina, tendió siempre al sincretismo religioso en los vastos territorios europeos, africanos y asiáticos por los que el maniqueísmo se extendió. 2ª Nos parece verdaderamente brillante la comparación que Decret — e igualmente Ries en el primer capítulo de este mismo libro — realiza entre las figuras y la actuación misionera de Pablo y de Mani; pero, a diferencia de lo que Ries escribe en su artículo, Decret apenas hace hincapié en el papel intermediario del marcionismo norteafricano que debió de facilitar la implantación y el desarrollo de los maniqueos en esas tierras; el parangonar Mani con Pablo es correcto, pero, teniendo en cuenta el carácter gnóstico del maniqueísmo, nos preguntamos si no sería también correcto comparar las figuras y actuación de Marción y de Mani, ambos fundadores de sendas Iglesias que compitieron con la Iglesia Católica. 3ª Nos parece un tanto contradictoria una afirmación de las conclusiones de este artículo, pues Decret, citando un trabajo de W. H. C. Frend, *The Gnostic-Manichaean Tradition in Roman North-Africa*, en: *The Journal of Ecclesiastical History* 4 (1953) 13-26 y haciendo suya la tesis de Frend, según el cual el maniqueísmo africano es una herejía paulina, propone «relanzar la ortodoxia de la exégesis maniquea» (p. 82); la contradicción no sólo es terminológica (la ortodoxia de una herejía), sino también de contenido, pues ya antes de surgir el maniqueísmo, los Obispos católicos — como Ireneo de Lyon en el siglo II — comprendieron la incompatibilidad entre una lectura gnóstica del Nuevo Testamento y la vida de la Iglesia.

El tercer capítulo, compuesto por W. H. C. FREND, se titula *The Donatist Church and Saint Paul* (pp. 85-123). Comienza con unas consideraciones históricas que constituyen un magnífico resumen de los orígenes y desarrollo del donatismo (precedentes y presupuestos del donatismo en el siglo III, la Gran Persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV como detonador inmediato del cisma, y el desarrollo de la Iglesia donatista), para pasar a continuación al análisis teológico de las fuentes literarias

de autores donatistas (Petiliano de Constantina y su *Epistola ad presbyteros et diaconos* de los años 400-401, Gaudencio, Fulgencio y el *Mandatum* donatista, y por último, Actas de mártires donatistas, la reunión de Cartago del 411 e inscripciones funerarias), centrándose en las abundantes citas paulinas contenidas en tales escritos. Este artículo está continuado por tres apéndices: el apéndice I contiene los textos paulinos usados por los Obispos en el Concilio de Cartago de septiembre del 256; el apéndice II incluye la lista de las citas paulinas usadas por los donatistas en los escritos conservados; y el apéndice III alude sumariamente a la presencia de Pablo en el *Liber de septem regulis* de Ticonio. Desde el punto de vista formal, el trabajo de Frend es altamente claro y didáctico. Sin embargo, no compartimos algunas de sus conclusiones, sobre todo, la tesis de que la exégesis realizada por Cipriano de Cartago de textos paulinos referentes a los sacramentos es la que los donatistas se apropiaron, mientras que los católicos malinterpretaron a Pablo. San Agustín no opinaba lo mismo, y no basta con alegar que la postura agustiniana triunfó por la intervención imperial a favor de la causa católica; hay que considerar también la praxis y la doctrina de la Iglesia universal (griega, siríaca, copta, romana, ...) sobre los sacramentos para, con una perspectiva más amplia — y tal vez más teológica y menos apasionada —, clarificar el problema y solucionar las dudas, que ciertamente surgen al elaborar una exégesis minuciosa del epistolario paulino.

El cuarto capítulo recoge un trabajo de la Profesora M. G. MARA, titulado *L'influsso di Paolo in Agostino* (pp. 125-162), articulado en tres partes. La primera expone el interés de los Padres por el epistolario paulino en los siglos IV y V, en los que floreció un llamativo crecimiento de Comentarios patrísticos a las epístolas paulinas. La segunda se centra en los primeros encuentros de Agustín con Pablo, según se puede encontrar en *Contra Academicos* y en las *Confessiones*. La tercera ofrece una presentación de la obra agustiniana titulada *Expositio quarundam propositionum ex epistula ad Romanos*, redactada en junio del 394. Los principales temas de esta obra son: el ordenamiento, por etapas, de la realización de la economía divina; la individuación de qué parte es dejada a la libertad del hombre (el «mérito de la fe») frente a la iniciativa de Dios en orden a la justificación; y el posible conocimiento — y por parte de quién — del misterio de Dios que elige y condena. Esta obra agustiniana presenta un contenido teológico marcadamente antimaniqueo, lo que lleva a Agustín a defender el papel relevante de la libertad humana, frente al fatalismo maniqueo, en el proceso de la justificación. Mara compara los comentarios a determinados textos paulinos, que se hallan en esta obra, con los realiza-

dos por el mismo Agustín a los mismos versículos en obras posteriores, en pleno fragor de la controversia con los pelagianos; se aprecia así una interpretación distinta de esos difíciles pasajes paulinos, ya que el Agustín tardío da clara prioridad a la acción de Dios en el proceso de la justificación. Son elocuentes en este sentido las palabras con que se concluye este sugerente artículo: «Pero precisamente cuando parece que Agustín ha excluido toda posible acción salvífica por parte del libre arbitrio, encontramos que él, en su itinerario espiritual, ha descubierto otro, excluyendo, eso sí, la posibilidad de todo mérito: el humilde sentir de sí. Con lenguaje diferente, que corresponde a su nueva experiencia humana y religiosa, Agustín continúa buscando y proponiendo lo que es dejado a la libertad humana frente a la iniciativa de Dios» (p. 162).

El presente libro nos parece, en su conjunto, un trabajo excelente que expone obras maduras de los cuatro patrólogos y estudiosos del cristianismo antiguo, coautores del volumen. Pero, a la vez, muestra la dificultad del problema que trata: la recepción de la teología paulina en los primeros siglos de la historia de la Iglesia, tanto en autores ortodoxos como heterodoxos. Como bien afirma un destacado especialista en esta materia, Ernst Dassmann, «en comparación con los dos primeros siglos, que ya han sido estudiados intensamente, la investigación de la recepción de San Pablo a partir del siglo III, sobre todo en la Iglesia oriental, presenta aún grandes lagunas» (E. Dassmann, *Zum Paulusverständnis in der östlichen Kirche*, en: JbAC 29 [1986] 27, n. 1). Además, en distintas conversaciones que hemos mantenido con el Prof. Dassmann sobre este tema, nos ha manifestado claramente que la falta de investigaciones en torno a la recepción de San Pablo en la teología de los siglos IV y V no sólo se limita a la Iglesia oriental, sino también a la occidental, incluso en Agustín mismo. En efecto, el presente volumen, que sin duda contribuye a llenar algunas de estas lagunas, deja abiertas a la vez muchas cuestiones que sólo se podrán resolver mediante más investigaciones sobre esta materia, incluso en lo que a Agustín se refiere: ¿hasta qué punto el medio polémico — antimaniqueo en el Oriente, antimaniqueo, antidonatista y antipelagiano en el Occidente — han determinado la comprensión del pensamiento paulino por parte de la teología católica? ¿Ha supuesto esta determinación, derivada de las controversias doctrinales, una comprensión siempre correcta de las enseñanzas del Apóstol, o a veces ha obligado a una interpretación circunscrita a los intereses de la polémica, sin captar, por tanto, todo el alcance del texto bíblico? Sólo una historia global de la recepción de San Pablo en la teología católica puede responder satisfactoriamente a

estas cuestiones. El presente libro constituye un importante paso adelante en esta línea de investigación.

Albero VICIANO

Christoph JACOB, «*Arkandisziplin*», *Allegorese, Mystagogie: ein neuer Zugang zur Theologie des Ambrosius von Mailand*, («Theophaneia», 32), Anton Hain, Frankfurt am Main 1990, 300 pp., 16 x 23.

Este libro contiene una importante Tesis Doctoral de la Facultad de Teología de la Universidad de Bonn, defendida en el Semestre de verano de 1988. El trabajo de investigación comenzó en Lovaina bajo la supervisión del Prof. P. Fransen y adoptó su orientación definitiva en Bonn bajo la dirección del Prof. E. Dassmann.

El interés primario del libro se centra en estudiar la llamada *disciplina arcana* de la Iglesia antigua, pues no siempre se ha sabido entender con exactitud en qué consiste tal «disciplina del misterio», ya que los teólogos que han intentado explicarla se han guiado por sus concepciones preconcebidas de la Iglesia antigua, sin someter a un objetivo análisis las fuentes literarias. En la búsqueda de una correcta solución a este problema constituye un importante punto de partida la mistagogia vivida en la catequesis bautismal de la iglesia milanesa del siglo IV, que incide en el método exegético, de carácter alegórico, seguido por Ambrosio. Además, después de revisar críticamente las modernas concepciones acerca del método alegórico en la exégesis bíblica, Jacob se propone abrir camino a una nueva interpretación de la teología ambrosiana. Dos son, por tanto, los fines de este libro, plenamente entrelazados, que se corresponden a las dos partes de que consta, claramente diferenciadas: la primera parte se titula «El origen de la *disciplina arcana*» (pp. 43-117), y la segunda «Alegoría alegórica y mistagogia» (pp. 119-283). Además, ricos y abundantes índices completan el volumen.

La primera parte del libro ofrece un magnífico y amplio *status quaestionis* de prácticamente toda la literatura científica que en torno a la *disciplina arcana* se ha escrito desde el siglo XVI hasta nuestros días. El concepto *disciplina arcana* lleva la marca del ambiente polémico—doctrinal en que se forjó (quien por primera vez lo formula es el teólogo ginebrino Daillé en una obra suya de 1666), ya que se trata de una de las cuestiones doctrinales que distanciaron a católicos y protestantes en los tiempos pos-